

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



LAS HADAS
DEL PAPEL
DEL CUARTO VERDE

Fernando Olavarría Gabler

79



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarria Gabler.

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

LAS HADAS
DEL PAPEL
DEL CUARTO VERDE

Fernando Olavarría Gabler

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA



Esta vez no había quebrado el espejo de la cómoda que tenía frente a la cama. Los objetos que estaban encima habían volado por los aires y un florero se había hecho pedazos. Hans permanecía semiencaramado sobre la cómoda con las manos empuñadas sosteniendo un fusil imaginario.

A pesar de estar plenamente conciente, aún vivía la emoción de la pesadilla que lo había llevado a la carga de la bayoneta, atacando a las trincheras enemigas a través de los alambrados de púas y los cráteres formados por los impactos de los obuses.

Se bajó lentamente apoyándose en el respaldo de la silla que estaba al lado de la cómoda, y sudoroso, temblando, no de frío sino de miedo, volvió nuevamente a la cama.

Eran las cinco diez de la madrugada. Mientras dormía, su subconsciente no había podido olvidar que él era un ex combatiente de la Primera Guerra Mundial.

Noche tras noche despertaba gritando ¡A LA CARGA!, y después se hallaba sobre los muebles despedazados del dormitorio.

Su mujer no había podido soportar estas pesadillas y antes de enloquecer ella también, había optado por separarse de su fiel marido.

En un principio soportó con paciencia su alcoholismo y éste declinó lentamente hasta desaparecer, tal como se van las tempestades y retorna la calma, pero estas abruptas pesadillas donde

se destroza todo a su paso y se mata a quién estuviere adelante, no habían cesado. Eran peligrosas y además de destruir la paz del espíritu destruían el mobiliario del dormitorio. No había presupuesto familiar que soportara la compra semanal de cómodas, peinadores, espejos, sillas, lámparas, etc...

Las empleadas se iban, ya que rehusaban trabajar en una casa donde el patrón se trastornaba por las noches.

En relación a todas estas extrañas reacciones y anomalías de comportamiento ¿se estaría volviendo loco?

Recordó lo que pasó la mañana de un sábado a las doce del día en la calle Ahumada en Santiago. Las veredas a esa hora estaban llenas de gente. Se encontró con tres amigos, también veteranos de la Gran Guerra, como él. Mientras conversaban amigablemente frente a un café, cerca de ahí, en un edificio en construcción, una sierra circular cortaba madera para hacer andamios. De improviso la sierra perdió paulatinamente velocidad haciendo un chirrido prolongado y agudo que iba en descenso. Sin ponerse de acuerdo, los cuatro camaradas ya estaban tendidos de bruces sobre la vereda provocando con su actitud un gran asombro entre los peatones que en esos momentos pasaban a su lado.

Pocos segundos después estaban de pie y continuaban conversando alegremente como si nada hubiera sucedido.

La explicación de la escena era que en un momento preciso, el

zumbido de la sierra había reproducido con exactitud el ruido de un obús que iba a caer muy cerca de ellos.

El recuerdo de esto lo tranquilizó al pensar que la reacción había sido común en los cuatro y se debía a un reflejo condicionado.

Hans aceptó con resignación la determinación de su esposa y decidió adaptarse a su tristeza alejándose lo más posible de ella. Fue contratado como vendedor viajero por una firma comercial alemana, y así, durmiendo en diferentes aposentos de hoteles y residenciales en las provincias que le tocaba recorrer periódicamente podía de algún modo atenuar sus cambios nocturnos de conducta.

Como era un parroquiano serio y formal, los arrendatarios lo recibían sin reticencias ofreciéndole un dormitorio apartado del resto y sin muebles que pudiera destrozar, a excepción de un pequeño y compacto velador y una silla.

Había un dormitorio que era el preferido de Hans, porque sentía que le daba algo de tranquilidad. No sabía por qué. Pensó quizás que el papel que cubría las paredes, de un color verde oscuro, con árboles frondosos ribeteados de dorado y unas hermosas jóvenes de largas y ondulantes cabelleras, que parecían bañarse en una fuente, le daban esa tranquilidad a su atormentado espíritu. En esa habitación las pesadillas nocturnas eran menos intensas.

Una noche, mientras trataba de dormir, escuchó una

conversación en un dormitorio vecino. Era una niña que hablaba con su abuelo...

-Abuelo, se me murió uno de los loritos, era la mujer, y lo planté pero no le puse una cruz.

El abuelo le preguntó - cuando yo me muera ¿también me vas a plantar? - Sí, pero en una caja grande porque la caja del lorito era chica.

Hans sonrió. La inocencia de la niña le transmitió felicidad y se quedó dormido plácidamente.

Horas después se iniciaron nuevamente las pesadillas...

Estaba en Saint Julien. Corría el año 1917. La lluvia incesante había transformado la campiña en un barrizal inmenso. Caos, esterilidad, humedad, miseria, era el resultado de los tres años de guerra.

Lo muertos, tranquilos o convulsos no atraían ya las miradas. El corazón se había endurecido. Tumbados juntos unos a otros se ven centenares de cadáveres. Un tiro de obstrucción inglés ha destruido la mitad de un batallón que se lanzaba al contraataque. Se los divisa desde lejos sobre el terreno descubierto.

A medida que Hans se aproxima, estos muertos toman un aspecto extraño, espantoso, sobrenatural. Sus ojos vidriosos están desmesuradamente abiertos. La mayoría de estos cadáveres son jóvenes que apenas aparentan dieciséis años. Son cabezas de unos

modelados con cera blanca. Es la división 234. Hans lanza un grito. Es la división a la que él pertenece. Empieza a aullar desesperado. Su cuerpo entero está cubierto de un sudor frío debajo de las sábanas. El sueño termina y vuelve a un dormir profundo.

Luego sólo ve arcilla empapada de lluvia. Las excavaciones se suceden unas tras otras llenas de un agua sucia que ha tomado un tono rojo oscuro. Los soldados que defienden esta posición están hundidos en el barro hasta las rodillas. Las posiciones... allí no hay trincheras ni zanjas ni abrigos ni techados. Todo está acribillado, destruido por los disparos. Al fondo de un abrigo de hormigón derruido, flotan desde hace algunos días en el agua que lo inunda, los cuerpos de un suboficial y tres hombres. Por el momento es imposible ir a buscarlos...

El sueño se va, las imágenes desaparecen.

Dominado por una profunda tristeza Hans marcha por el bosque cerca del Polígono. Después de una desesperada lucha han retornado a esa posición.

Su uniforme en parte desgarrado y cubierto de lodo, no lo protege del frío. De pronto se encuentra sin el casco y sin el fusil. Debería tener una gran angustia caminando por entre los árboles sin protección alguna, pero no siente miedo, una gran tranquilidad ha invadido todo su ser.

Sueña que avanza por un sendero que serpentea debajo del

bosque. El suelo ahora está cubierto de arbustos y plantas bajas cuajadas de flores de lindísimos colores. Predominan las hortensias con sus grandes corolas blancas y azules.

Como se desplazaba en silencio los pajarillos no habían acallado su trinar.

-No me tienen miedo- se dijo Hans. Saben mi posición.

¡Qué placentero es oírlos cantar entre las ramas y sentirse tan libre como ellos!

De pronto, al final del sendero apareció una hermosa joven. Su vestido rosado llegaba hasta el suelo. Cogía flores y formaba un delicado ramo que llevaba en su diestra. Al aproximarse divisó a Hans y le sonrió. Su rostro angelical irradiaba una pureza tal que Hans pensó que era un ángel. Un ángel que recogía flores en el bosque. ¿Para quién?

-Son para ti, respondió la joven, y acercándose a él lo besó. Fue un beso suave, puro, que apenas rozó sus ásperos labios. El perfume de las flores le llegaba a su rostro y quiso eternizarlo con los ojos cerrados. Cuando los abrió la joven había desaparecido. Hans se sobresaltó. ¿Por qué me regaló flores? ¿Acaso estoy muerto? Las avejillas habían dejado de cantar. El bosque estaba en silencio. Sólo se oía el ruido de un agua que caía más allá, entre los troncos y helechos. Hans avanzó por el sendero pisoteando algunas ramas que se oponían a su trayectoria.

Corrió, corrió desesperado para alcanzar lo que había perdido.

¿Dónde estás? -gritó.

¡No te vayas!

Silencio.

¡Quiero estar contigooooo!Gritó, sollozando como un niño.

¡No me dejes! ...

Hans se desplomó en el suelo gimiendo, quejándose con su cara cubierta con ambas manos.

Le pareció oír nuevamente el tronar incansable de los cañones de la artillería enemiga. Día y noche, días y noches interminables. De vez en cuando el tableteo de un nido de ametralladoras.

Después... Silencio.

De pronto oyó unas risas femeninas. Sí. Escuchó el chapotear del agua.

Hans despegó sus manos crispadas sobre la cara sudorosa y abrió los ojos. Las risas continuaban, las jóvenes parecían jugar echándose agua unas a otras. Se incorporó y miró hacia donde venían las voces y el ruido del agua. Pensó que había un arroyo un poco más allá y avanzó por la espesura.

Llegó a un claro donde una cristalina laguna recibía las aguas de un torrente. Allí se bañaban desnudas doce bellísimas mujeres que, al divisar a Hans asomado entre el follaje, no cambiaron de actitud. Al parecer desconocían el pudor ante la presencia de un

hombre desgañado con su uniforme cubierto de barro y fascinado ante tanta belleza.

Nadaban con agilidad semisumergidas en el agua transparente y sus largas cabelleras que llegaban hasta sus talones les cubrían en parte sus delicados cuerpos de adolescentes.

Cuando Hans se aproximó a la orilla y se sentó en una roca, ellas salieron del agua y lo rodearon. Observaban sin curiosidad a este rudo hombre y le sonreían con gran ternura. Lo que recibía Hans en esos momentos de sus angelicales rostros era una emoción tan pura, tan maravillosa, que era imposible compararla con nada en la Tierra. Su presencia transmitía vibraciones de belleza, armonía y felicidad tan grandes que Hans pensó que estaba en el Paraíso.

-Ven a bailar con nosotras- dijo una de ellas.

-No sé bailar. ¿Quiénes son ustedes? ¿De dónde han salido?

- ¿No nos recuerdas Hans? Somos las hadas del papel de tu dormitorio.

Pero, ¿cómo he llegado hasta aquí? ¿Dónde estoy?

Esos interrogantes no tienen valor en la dimensión donde te encuentras. Querido Hans, escucha esa música que viene de la espesura del bosque.

Hans escuchó con atención. Sí. Se oía una suave y bellísima melodía que iba en aumento. Era alegre y al mismo tiempo suave, se oía cada vez mejor e invadía el ambiente donde estaba él, de pie,

LAS HADAS DEL PAPEL DEL CUARTO VERDE

escuchando con atención. Las hadas empezaron nuevamente a bailar y sus risas eran tan delicadas que parecían notas musicales, y realmente lo eran.

Al son de esa maravillosa melodía se exaltaba el alma a una vibración extrema de dicha.

Hans, sin poder contenerse movió torpemente sus pesadas botas y alzando las manos quiso seguir los compases del baile de las hadas pero tropezó con una piedra y cayó de rodillas al suelo. Esto provocó la risa de las hadas que revoloteando a su alrededor lo cogieron y lo levantaron.

Una de las hadas se acercó a él y entonces Hans reconoció a la doncella del bosque que lo había besado.

El hada, sonriente, con un rostro de bondad extrema le dijo: Hans, no sufras más. Ven a gozar de la Luz, de la Luz Eterna e Infinita.

Eran las tres de la tarde y el pensionista del cuarto verde oscuro no había bajado a almorzar.

-¡Don Hans! Gritó la mucama junto a la puerta después de golpear insistentemente.

-¡Don Hans! Baje a almorzar, sino va a perder el tren.

La mucama descendió presurosa la escalera. Estaba preocupada. Le expresó su inquietud a su patrón, el dueño del hotel, y éste encogiéndose de hombros no dio señas de reaccionar.

Atardecía, y la puerta del cuarto verde seguía cerrada. El patrón, ahora alarmado, subió los escalones seguido por la mucama. Golpeó la puerta insistentemente, pero nadie contestó. Entonces sacando una llave gemela de repuesto de su bolsillo, la introdujo en la cerradura e hizo caer la otra que estaba al otro lado.

Don Hans... ¿Se siente bien?

Abrió los cortinajes de la única ventana y la luz del crepúsculo invadió la habitación. Los dorados ribetes de los dibujos del papel verde se hicieron más hermosos y los árboles parecían haber cobrado vida. Hans estaba tendido en la cama, su rostro iluminado por los rayos del atardecer le daban un tono sonrosado. Una placentera sonrisa estaba grabada en sus rígidos labios. Sus ojos vidriosos y fijos parecían mirar los adornos de la pared. No había expresión de sufrimiento alguno.

Hans ya no estaba allí.

Fin

Otros títulos en esta colección

- 01 El sol con imagen de cacahuete
- 02 El valle de los elfos de Tolkien
- 03 El palacio
- 04 El mago del amanecer y el atardecer
- 05 Dionysia
- 06 El columpio
- 07 La trapecista del circo pobre
- 08 El ascensor
- 09 La montaña rusa
- 10 La foresta encantada
- 11 El Mágico
- 12 Eugenia la Fata
- 13 Arte y belleza de alma
- 14 Ocho patas
- 15 Esculapis
- 16 El reino de los espíritus niños
- 17 El día en que el señor diablo cambio el atardecer por el amanecer
- 18 El mimetista críptico
- 19 El monedero, el paraguas y las gafas mágicas de don Estenio
- 20 La puerta entreabierta
- 21 La alegría de vivir
- 22 Los ángeles de Tongoy
- 23 La perla del cielo
- 24 El cisne
- 25 La princesa Mixtura
- 26 El ángel y el gato
- 27 El invernadero de la tía Elsira
- 28 El dragón
- 29 Navegando en el Fritz
- 30 La mano de Dios
- 31 Virosis
- 32 El rey Coco
- 33 La Posada del Camahueto
- 34 La finaíta
- 35 La gruta de los ángeles
- 36 La quebrada mágica
- 37 El ojo del ángel en el pino y la vieja cocina
- 38 La pompa de jabón
- 39 El monje
- 40 Magda Utopia
- 41 El juglar
- 42 El sillón
- 43 El gorro de lana del hada Melinka
- 44 Las hojas de oro
- 45 Alegre Vivache
- 46 El hada Zudelinda, la de los zapatos blancos
- 47 Belinda y las multicolores aves del árbol del destino
- 48 Dos puentes entre tres islas
- 49 Las zapatillas mágicas
- 50 El brujo arriba del tejado y las telas de una cebolla
- 51 Pituco y el Palacio del tiempo

CUENTOS PARA ENTRETENER EL ALMA

- 52 Neogénesis
- 53 Una luz entre las raíces
- 54 Recóndita armonía
- 55 Roxana y los gansos azules
- 56 El aerolito
- 57 Uldarico
- 58 Citólisis
- 59 El pozo
- 60 El sapo
- 61 Extraño aterrizaje
- 62 La nube
- 63 Landrú
- 64 Los habitantes de la tierra
- 65 Alfa, Beta y Gama
- 66 Angélica
- 67 Angélica II
- 68 El geniecillo Din
- 69 El pajarillo
- 70 La gallina y el cisne de cuello negro
- 71 El baúl de la tía Chepa
- 72 Chatarra espacial
- 73 Pasado, presente y futuro mezclados en una historia policroma dentro de un frasco de gomina
- 74 Esperamos sus órdenes General
- 75 Los zapatos de Fortunata
- 76 El organillero, la caja mágica y los poemas de Li Po
- 77 El barrio de los artistas
- 78 La lámpara de la bisabuela
- 79 Las hadas del papel del cuarto verde
- 80 El Etéreo
- 81 El vendedor de tarjetas de navidad
- 82 El congreso de totems
- 83 Historia de un sapo de cuatro ojos
- 84 La rosa blanca
- 85 Las piedras preciosas
- 86 El mensaje de Moisés
- 87 La bicicleta
- 88 El maravilloso viaje de Ferdinando
- 89 La prisión transparente
- 90 El espárrago de oro de Rigoberto Alvarado
- 91 El insectario
- 92 La gruta de la suprema armonía
- 93 El Castillo del Desván Inclinado
- 94 El Teatro
- 95 Las galletas de ocho puntas
- 96 La prisión de Nina
- 97 Una clase de Anatomía
- 98 Consuelo
- 99 Purezza
- 100 La Bruja del Mediodía
- 101 Un soldado a la aventura



 creative
commons



Atribución - NoComercial - SinDerivadas 2.0

Unless otherwise specified,
all content is made available
under the Creative Commons License.

Inscripción Registro de Propiedad Intelectual N° 37100. Chile.
© Fernando Olavarría Gabler.